EL PRINCIPIO Y EL FIN.

En el momento mismo en que estábamos á punto de reconocer la eternidad de la materia, en virtud de ciertas agudísimas averiguaciones, por medio de las que varias ciencias confabuladas *ad hoc*, han revelado con el mayor sigilo á diversos sábios de los que hoy pueblan la tierra, que el orígen del mundo se pierde en la oscuridad de tiempos remotísimos; y que por lo tanto, mientras no se tenga científicamente á la vista su partida de bautis-

mo no se puede asegurar quién fué su padre, quedando la sospecha científica ó la opinion racional de que él mismo se diera sér á sí propio; un sábio, aleman por mas señas, dando la media vuelta á la derecha, correspondiente á esa media vuelta á la izquierda, ha descubierto el fin del mundo.

No teniendo Voltaire ya nada de qué burlarse, tuvo la ocurrencia de mofarse de la ciencia moderna, asegurando que era un imbécil el que en presencia del reloj negara el relojero; de manera que el ídolo de nuestra sábia impiedad declaró imbécil á esta ciencia, que descendiendo al fondo de las cosas, ha caido por su propio peso en el abismo de que al mundo no lo hizo nadie.

Y en verdad, ¿qué sabia Moisés para asegurarnos bajo la fé de su palabra, sin ningun género de demostracion científica, que Dios ha sido el autor del Universo?

El génesis moderno ya es otra cosa.

Cansada la materia de su eterno reposo, salió un dia del fondo de la nada; quiso ver, y de sí misma sacó la luz; quiso ser algo, y por la fuerza de su propia voluntad se convirtió en creadora de todas las cosas.

Una vez dueña de sí misma, se derramó por el espacio en innumerables mundos.

Aquello era coser y cantar.

La tierra se desprendió de aquella masa omnipotente como una hija que se separa de su madre, y por una coquetería propia de su sexo, comenzó á dar vueltas al rededor del sol, como diciéndole: "mírame."

Entonces comenzó, digámoslo técnicamente, su *toilette*. Primero se envolvió con un manto de nubes; despues se sumergió en aquel anchuroso baño conocido con el nombre del diluvio, y salió de él

ceñida la frente con el arco-iris: se empinó en soberbias montañas, las montañas formaron los valles, por los valles corrieron los rios, los rios cubrieron sus caprichosas márgenes de yerbas menudas, de plantas airosas, de árboles gallardos.

Los mares se tendieron á los piés de esta divinidad hija de sí misma, como leones domesticados.

El agua no acertaba á estarse quieta, y por hacer algo, *confeccionó*, allá en sus profundas soledades, millones de peces y millares de mónstruos.

El aire no quiso ser menos, y como es tan listo que se pierde de vista, con la rapidez de un soplo se cubrió de insectos y de aves.

La tierra vió esto y se sonrió, como quien dice:—ahora vereis—y sin mas cumplimientos convirtió el polvo en gusano y el gusano en cuadrúpedo.

Quiso perfeccionar la especie, y con

movible ligereza saltó el mono entre sus manos.

La tierra debió soltar la carcajada ante aquella monería, y con esa curiosidad propia de las mujeres, quiso saber lo que habia dentro del mono, y ¡qué admirable casualidad! salió el hombre hecho y derecho, el hombre en cuerpo y alma.

Como si á este nuevo sér le hubiera trasmitido todo su poder y toda su inteligencia, desde aquel momento la materia se convirtió en completamente imbécil, sin que desde entonces á acá haya sido posible sacarla de su estúpido embrutecimiento.

Afortunadamente tuvo la precaucion de dejarle á cada planta el secreto de la semilla, y á cada especie la manera oculta de reproducirse, como si presintiera que su sabiduría habia de agotarse para siempre.

Hé aquí el mundo, tal y como ha sali-

do de las manos de eso que se llama ciencia moderna.

Hé aquí el hombre, tal y como ha salido de la soberbia razon del mismo hombre.

Aquí tenemos la estupenda maravilla de un efecto sin causa, y el raro prodigio de un hijo que no ha tenido padre, ó mas bien un efecto que es á la vez su misma causa, y un hijo que es á la vez su propio padre.

Aquí está el reloj que no ha necesitado relojero, ó mejor dicho, el reloj que se ha hecho á sí mismo.

Tal es el génesis; veamos ahora el dia del juicio: el fin debe corresponder al principio, y segun las últimas noticias que nos ha comunicado la ciencia, debemos confesar que en efecto corresponde.

Un sábio aleman se ha quemado las cejas, parece mentira, para averiguar que

el centro de la tierra sufre un enfriamiento constante, que en virtud de este enfriamiento disminuye su volúmen, y asegura que llegará un dia en que quedarán sin base los continentes que se elevan sobre los mares, y entonces las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, Africa y América, se hundirán como la decoracion de un teatro, y arrastradas por su propio peso, quedarán sumergidas en el seno del mar.

El mundo, pues, se convertirá en un lago, y la tierra será un océano sin orillas.

¿Y qué le sucederá al hombre?

El sábio vuelve á abrir la boca, y nos asegura que las *razas humanas* tendrán que reducirse á vivir en los pocos puntos que escapen á la inundacion, y que estas razas, salvadas del naufragio en una tabla de tierra, se modificarán y se trasformarán físicamente en otras especies, á

causa de las nuevas condiciones que se habrán creado en la vida orgánica por el cambio de la atmósfera.

No nos dice este profeta científico qué forma poco mas ó menos, tendrá que adoptar la especie humana para poder acomodarse á las condiciones de esa nueva atmósfera; y esta omision, que nos deja á oscuras acerca de un punto tan importante, nos autoriza á buscar esa nueva forma de la especie humana, aunque tengamos que buscarla á oscuras.

Por de pronto se ocurre que aumentándose la extension del agua en razon de la disminucion de la tierra, el hombre tendrá que dividir las condiciones de su organismo para poder vivir con cierta comodidad entre uno y otro elemento, y adoptará por consiguiente la forma que mejor le venga de cualquiera de las especies de anfibios que nos son conocidas.

Podrá cada uno, como en una ropería, elegir el vestido que mas le acomode, y haciendo cada uno de su capa un sayo, la especie humana, empezando por la rana y acabando por el hipopótamo, vivirá, digámoslo así, con un pié en el agua y otro pié en la tierra.

Nada mas lógico que este fin, si se tiene en cuenta el principio: el hombre, que procede del mono, no encontrará gran inconveniente en convertirse en caiman; y si las cosas aprietan y el agua estrecha las distancias, del mismo modo que desde gusano llegó á hombre, bien podrá convertirse de hombre en cetáceo.

Ahora es el rey de la tierra, y entonces será el rey de los mares.

Pero demos á esta indagacion científica todo el crédito que se merece: cuando la ciencia humana habla es preciso bajar la cabeza, y tendremos todavía un recur-

so triple para sobrevivir á la catástrofe, reuniendo á la vez, para poder vivir en el agua y en la tierra, las condiciones del pez que nada, del ave que vuela y del bruto que corre.

Una vez que falte la tierra necesaria al linage humano, el hombre podrá trasformarse en ganso, y de esa manera podrá vivir en el agua, en el aire y en la tierra.

Entonces sí que hablará la ciencia por boca de gansos; entonces sí que graznará la ciencia.

Y esa trasformacion que el sábio aleman ha sacado de las profundidades de su sabiduría, debemos tenerla encima; porque se observan casos frecuentes de hombres que ofrecen señales evidentes de que se inclinan á la especie de los palmípedos, arrastrados por la fuerza de una intuicion irresistible.

Es verdad que el sábio aleman asegu-

ra que el centro de la tierra necesita todavía quinientos millones de siglos para acabar de enfriarse; pero téngase en cuenta que el progreso, acortando las distancias, ha disminuido el tiempo, y que así como en cuarenta dias se le da una vuelta al mundo, así en cuarenta años se pueden correr millones de siglos.

Por otra parte, siempre ha habido hombres que se han adelantado á su tiempo, y no debe extrañarse que haya quien, adivinando ese cataclismo, se adelante á reribirlo préviamente trasformado de hombre en ganso.

¡*El* porvenir! Hé ahí *el* porvenir.

Los que para entender algo de lo presente pasamos la vida tomando lecciones de lo pasado, no hubiéramos llegado nunca á comprender que lo porvenir reservaba á la especie humana tan gloriosa apoteósis.

Los que no hemos averiguado el orígen del hombre en la genealogía de la ciencia moderna, no podiamos comprender que esta máquina que piensa, llegara por una sucesion de trasformaciones á dejar de ser hombre.

Pero, francamente: partiendo del mono, no hay dificultad en convenir en que el hombre pueda llegar á ser ganso.

Y hé aquí una ciencia que nos lleva como de la mano, desde la brutalidad de nuestro orígen, hasta la barbarie de nuestro fin.

Y hé aquí por qué, hablando propiamente, tantos hombres superiores á sus tiempos graznan, agitando sus plumas, las glorias del porvenir.

A todos aquellos á quienes oigais decir: «el porvenir es nuestro» creedlos, porque sin duda ninguna están ya mas cerca de ser gansos que de ser hombres.

Se han adelantado á su tiempo quinientos millones de siglos y han empezado á embrutecerse por medio de la ciencia moderna, para guiar á la *humanidad* al través del tiempo, á su próxima trasformacion.

Tal es el principio y tal es el fin.

¡Oh civilizacion! ¡Oh progreso! ¡Oh ciencia!